

EL ORO Y LA PLATA.

El oro y la plata son de Dios.—Concupiscencia del hombre.—Pobreza de Jesucristo.—Lo que no se compra con oro y es más precioso que el oro.—La limosna.—Los bienes espirituales.—La plata.—El fuego purifica el oro.—El oro más puro.—La Iglesia.—Es necesario comprar el oro de Jesucristo.

I.

DIOS ha adornado y embellecido la superficie de la tierra con multitud y diversidad de plantas: mas en la profundidad de sus senos ha ocultado también su Providencia innumerables tesoros. El oro y la plata, que son los metales más preciosos, están sepultados en sus entrañas, y cuando el trabajo del hombre ha sabido extraerlos de la mina, purificarlos y pulirlos con arte; cuando han llegado á ser moneda acuñada que lleva impresa la imagen del príncipe ó las armas de la nación, adquieren entónces tal valor, que en buen derecho, podemos considerarlos como la personificación de la riqueza.

Por esto sin duda el mismo Dios nos dirige esta palabra por boca del Profeta Ageo: "El oro y la plata me pertenecen. *Meum est argentum meum est aurum, dixit Dominus.*"¹ Pero Dios en su bondad ha querido dejarnos la posesion de éstos metales, á fin de que, cambiándolos por otros objetos necesarios para la vida, nos fuese más fácil subvenir á nuestra existencia. Sin embargo, Él tiene cuidado de recordarnos que el oro y la plata son suyos, para que jamás olvidemos que solo Él es el soberano y el dueño absoluto de las riquezas todas y del mundo entero, y que nosotros no somos aquí abajo más que sus depositarios y administradores.

II.

Mas ¡ay de mí! Esta advertencia que el Señor nos tiene hecha, es frecuentemente olvidada y menospreciada por el hombre. El oro y la plata

¹ Age. II, 9.

vienen á ser incesantemente el blanco de sus deseos ó el cebo de su concupiscencia. "Y la concupiscencia—dice San Pablo—es la raíz de todos los males."¹

Con tal motivo, nos advierte San Agustin, que el Rey Profeta nos representa los simulacros de las naciones, esto es, las imágenes de sus falsos dioses, fundidos ó fabricados de oro ó de plata.

Verdad es que no siempre las naciones han tallado sus ídolos en la piedra ó en la madera, porque llamándose una materia preciosa y siendo por lo mismo más estimada de los hombres, han llegado á fabricar con ella sus fingidas deidades, sin duda para avergonzarse ménos del culto que les tributan.² Desgraciados de nosotros si de estos metales, que son obra y propiedad de Dios, llegamos á forjar con nuestras propias manos los ídolos de nuestra adoración.

El oro es una especie de divinidad para algunos hombres, sobre quienes ejerce su más espantoso imperio: por eso el autor del sagrado libro del Eclesiástico nos exhorta, á fin de que no vayamos en seguimiento suyo. "Bienaventurado—dice—el hombre que no corrió ó anduvo en pos del oro. *Beatus homo, qui post aurum non abit.*"³

¿Andar en seguimiento del oro no es lo mismo que ser esclavo suyo? "No seamos esclavos del oro, sino señores de él—dice San Agustin.—Poseamos el oro pero sin dejarle que nos domine. Dios lo ha hecho para "nuestro servicio, y nosotros fuimos creados para el servicio de Dios."⁴

III.

Jesucristo, que no descendió al mundo más que para curar todos los males de nuestra alma, parece que principalmente quiso fortalecernos contra el amor del oro y de la plata. "Porque no fuimos rescatados—dice el Apóstol San Pedro—con oro ni con plata."⁵ Jesucristo nació pobre, vivió pobre y murió pobre: una de sus primeras palabras fué esta: "Bienaventurados los pobres,"⁶ y recomendaba á sus discípulos una absoluta pobreza. Sin embargo, en recompensa les dió sus gracias, que no pueden comprarse con el oro, y les comunicó el poder de hacer milagros, que vale incomparablemente más que todas las riquezas. "Ni oro, ni plata tengo que darte—dijo San Pedro al cojo que mendigaba en el átrio del templo—"mas lo que tengo es lo que te doy: en el nombre de Jesus de Nazaret, levántate y anda."⁷

El mismo Salvador decia á sus discípulos: "Atesorad tesoros para el cielo, donde no puede llegar el ladron ni acercarse la polilla para devo-

¹ Timot. VI, 10.

² In Ps. CXIII, serm. II, 1.

³ Eccli. XXXI, 8.

⁴ In Ps. CXXIII, 10.

⁵ 1 S. Pet. I, 18.

⁶ Mat. V, 3.

⁷ Act. III, 6.

“rarlos: porque donde quiera que esté vuestro tesoro, ahí también estará vuestro corazón.”¹

¡Oh Jesús mío! ¡qué dulce es esta palabra! ¿En dónde puede estar mejor mi corazón sino cerca de Vos, con Vos y en Vos, porque Vos solo debéis ser mi único tesoro? Desgraciado de mí si me propusiera comprar con el oro y la plata aquello que es divino! “¿Qué me queda que apetecer en el cielo? ¿y qué puedo yo amar acá en la tierra más que a Vos solo ¡oh Dios mío! que sois el Dios de mi corazón y mi herencia por toda la eternidad?”²

IV.

El oro y la plata vienen a ser muchas veces la fuente de muchos males espirituales. Mas demos gracias al Señor que para remedio de estos males, inventó como uno de los medios más á propósito, el precepto de la santa virtud de la limosna.

Interpretando aquellas palabras del Señor que citamos al principio, “el oro y la plata me pertenecen,” dice San Agustín que se nos dá en ella una admirable lección de caridad y de misericordia, haciéndonos comprender que Dios nos ha mandado distribuir entre los pobres, precisamente aquello que desde un principio á Él solo le pertenece.

“Veamos ahora—continúa el Santo Doctor—cómo justifica el Señor el derecho absoluto que tiene sobre el oro y la plata. Al repartirlos con una indiferencia aparente entre los buenos y los malos, su divina justicia alcanza el objeto que se propone, respecto de unos y de otros. Con el oro y con la plata salva á las almas misericordiosas; con el oro y la plata martiriza y condena á los avaros.”³

Procuremos ser del número de esas almas misericordiosas. Dando limosna como ellas, nuestro oro y nuestra plata nos enriquecerán formalmente delante del Señor.—Trasformemos por medio de la caridad estos metales, y entónces se cambiarán en una providencia misericordiosa, que aliviará á todos los desgraciados, y vendrá á ser para nosotros nada ménos que la moneda más propia para comprar el cielo. Con este oro y esta plata, que el Salvador llama “riqueza de la iniquidad” procure el cristiano hacerse un amigo de cada uno de los pobres que al fin le abrirán de par en par las puertas de los eternos tabernáculos.

V.

Elevemos ahora nuestra consideración, y no veamos otra cosa en los metales más que el símbolo de los bienes espirituales, que son la verdadera riqueza de las almas.

¹ S. Luc. XII, 33 et 34.

² Ps. LXXII, 25 et 26.

³ S. Aug. serm. L, de verb. Agg.

La Escritura Santa nos enseña: “Que la sabiduría vale más que el oro, purísimo y que con nada puede compararse.¹ Que los labios de donde fluye la ciencia son como un vaso precioso guarnecido de oro.² Que la Ley Santa del Señor es preferible al oro y á la plata.³ Que la gracia de Dios es mejor que el oro y que la plata,⁴ y que la salvación de nuestra alma es preferible al oro y á la plata.”

San Gregorio nos advierte: “Que el oro representa el brillo de la santidad, y que por esta razón deploraba el Profeta Jeremías el miserable estado á que había quedado reducido el pueblo judío, á consecuencia de sus infidelidades. ¿Cómo—exclamaba el Profeta—cómo es que se ha obscurecido el oro?”⁵

San Agustín nos dice: “Que el oro significa la fe. *Aurum fides est.*⁶ Este es el oro finísimo, esta la plata pura y estas las piedras preciosas que hemos de poner sobre el fundamento, que es Jesucristo; no la madera, el heno ó la paja que vendrán á ser presa de las llamas.”

El oro simboliza igualmente la caridad. Por eso la primera ofrenda presentada por los reyes magos á los piés del Niño Jesús, fué el oro; y la Iglesia, en uno de sus himnos, lo simboliza con la caridad, diciendo que “la caridad ofrece oro.” *Aurum offert caritas.*

Finalmente, el oro significa el brillo y esplendor de la Jerusalem celestial, siguiendo aquellas palabras de San Juan: “La ciudad misma, es de oro purísimo.” *Ipsa Civitas aurum mundum.*⁷

VI.

Aunque muchos de los textos que acabamos de citar, parece que confunden en un mismo símbolo el oro y la plata, sin embargo, los intérpretes hacen esta distinción: dicen que el oro significa generalmente el brillo de la vida cristiana y el esplendor de la divina Sabiduría; mientras que el símbolo de la plata, se aplica con más particularidad á la palabra de Dios: apoyando comunmente los Doctores esta interpretación en este verso del Salmista: “La palabra del Señor es casta como la plata pasada por el fuego y purificada siete veces. *Eloquia Domini, eloquia casta, argentum igne examinatum, furgatum septuplum.*”⁸

Así es, que después de recordar que el Tabernáculo de la Ley antigua, que figuraba á la Iglesia descansaba sobre bases de plata, San Gregorio

¹ Sap. VII, 9.

² Eccli. XXII, 15.

³ Ps. CXVIII, 72.

⁴ Prover. XXII, 1.

⁵ Eccli. III, 15.

⁶ Moral. XXXVI, 15.

⁷ Jerem. IV, 1.

⁸ Ps. XI, 7.

considera en ellas una imagen de los predicadores evangélicos, y por lo mismo, decía: "Que así como sobre esas bases de plata se levantaban las cuatro columnas del Tabernáculo, así también nuestros cuatro evangelios se sostienen perfectamente sobre las elocuentes palabras de los Doctores de la Iglesia."¹

También San Gerónimo es uno de los que interpretan el texto del Profeta Ageo. "El oro y la plata me pertenecen—dice el Señor." "No penséis que el Profeta haya tenido en su consideración al hablar de esta manera, solo el oro y la plata materiales, puesto que los otros metales también le pertenecen como á Dios Creador; no: el Profeta se refiere á ese oro espiritual que brilla en el corazón de los Santos, iluminado por la luz de Dios, y á esa plata que no es otra cosa más que la palabra que guardan las divinas Escrituras."²

Veamos por último este pensamiento de San Ambrosio. "Ya que nosotros somos los tesoreros de Dios, nos corresponde examinar y probar la pureza de la plata, que, como la verdadera moneda del Señor, guardan los libros inspirados, y no permitir que se falsifique ó se manche con la mezcla de cosas terrestres."³

VII.

Cuando acaban de extraerse de las minas el oro y la plata, carecen de brillo y de hermosura, y entonces es necesario primero que las llamas los afinen y purifiquen en el crisol. Y si por el uso llegan á mancharse y á oxidarse estos preciosos metales, también es indispensable volverlos á poner en el fuego para que así se limpien.

De estas comparaciones se valen los libros sagrados para demostrarnos que el oro de la virtud y de la santidad, deben pasar por la prueba del fuego, y que si el polvo del mundo ó el orin del tiempo lo han manchado, es necesario que la llama de la tribulación y la del amor divino, vengan á devolverle su primitiva belleza.

"El Señor—dice el Sabio—probará á sus Santos cómo el oro se prueba en el horno. *Tanquam aurum in fornace probavit illos.*"⁴ Y el Profeta Malachías ya nos había mostrado mucho ántes, bajo la imagen del fuego que funde los metales, que el Salvador purificaría á los hijos de Levi, como el oro y como la plata. *Purgavit et collavit filios Levi quasi aurum et quasi argentum.*⁵

¡Oh Dios mio! Ya no temeré la prueba, si ella debe purificarme como el oro. ¡Ay de mí! el oro de mi virtud frecuentemente se oscurece; la vani-

¹ Moral. XXVIII, 5.

² In Ageo. CII, 35.

³ Com. lib. IX, in Evang. Luc. cap. 20.

⁴ Sap. III, 6.

⁵ Malach. III, 3.

dad y la disipación del mundo han empañado su hermosura. Abrasádmeme, Señor, pero purifícame al mismo tiempo. Abrasádmeme con el fuego de la tribulación y de la prueba, pero purifícame también con el fuego sacrosanto de vuestro divino amor.

VIII.

La Esposa de los Cantares, hablando de su amado, se explica en estos términos: "Su cabeza es del oro más fino. *Caput ejus aurum optimum.*"¹ ¿Y quién es el amado de la Esposa sino el mismo Jesucristo?

Hace un instante, acabamos de decir que el oro simboliza los bienes espirituales y los del cielo.—El oro figura la sabiduría, la ciencia, la ley de Dios, la gracia, la salvación, la santidad, la fé, la caridad y la gloria de la Celestial Jerusalem.—Mas teniendo Jesucristo como tiene todos estos títulos ¿no merecerá con toda razón y justicia ser llamado el oro más excelente? *¡Aurum optimum!*

Él es la sabiduría eterna, la ciencia de los Doctores, la fuente de la gracia, la salud de los hombres, el Legislador divino, el Santo de los Santos, el autor y el consumidor de nuestra fé, la caridad misma, la gloria y la felicidad de la Jerusalem del Cielo, Él es, en fin, el oro más perfecto. *Aurum optimum.*

Nosotros no participamos de estos bienes, sino porque somos los miembros de un cuerpo místico que es la Iglesia, cuya cabeza es Jesucristo; y como cabeza, influye sobre los miembros, enriqueciéndolos al hacerlos participantes de su misma naturaleza. Llenémonos de alegría pensando que esa divina cabeza es el oro más puro. *Aurum optimum.*

IX.

El cuerpo místico del Salvador es la Iglesia, la cual no se atavía más que con el oro de Jesucristo; por eso aparece á nuestra consideración, descrita por el Salmista, como una Reina sentada á la diestra de su Esposo, vestida con sus ropas de oro y adornada con variedad de primores. "*Assidet regina á dextris tuis in vestito de aurato, circumdata varietate.*"²

¡Hijos de la Iglesia! no ambicionemos más para nosotros, que el oro de Jesucristo. "Yo te aconsejo—decía el Señor á una alma—que me compres de ese oro purificado con el fuego, porque tú misma ignoras hasta qué punto estás pobre, miserable, ciega y desnuda."³

¹ Cant. V, 11.

² Ps. XLIV, 10.

³ Apoc. III, 18.

